

**“VIAGE A TAGANANA.  
FIESTA DE LAS NIEVES” (1862)**

**Estudio crítico de Manuel Hernández González**

Este relato anónimo fue publicado en el periódico santacrucero *El Guanche* entre el 14 y el 20 de septiembre de 1862. Eran años en que todavía arreciaba la pugna sobre el estatuto definitivo de Taganana como municipio y en los que sus habitantes defendían todavía con gallardía su identidad como tales, mientras que contrapuestos intereses les abocaban a depender de la por aquel entonces más cercana La Laguna o de la expansionista Santa Cruz, evento que no se dirimirá hasta 1877, en que se impondrá definitivamente la hegemonía capitalina y se convertirá en un pago más de Santa Cruz.

Este texto tiene la virtud de ser una excursión de dos santacruceros a Taganana realizada específicamente para la fiesta de su patrona, la Virgen de las Nieves, lo que lo convierte en sí mismo en un documento de gran valor etnográfico. Se puede caracterizar desde el punto de vista ideológico como plenamente romántico, imbuido de la dialéctica campo-ciudad y la contraposición de valores que engendra en su concepción de la vida una época de profundos cambios, como son los acaecidos con el advenimiento del liberalismo y los comienzos de la segunda revolución industrial. Por tales circunstancias el autor trata de contraponer a Santa Cruz, urbana y bulliciosa, frente al campo bucólico, patriarcal y melancólico de una distante y a la vez cercana Taganana. De ahí esa visión idealizada de la vida en los Valles de Taganana, en la que se vislumbra la verdadera felicidad de la existencia sencilla y fructífera, apegada a los valores campesinos.

¿Qué aspectos de interés desde el punto de vista etnográfico nos aporta el texto? Debemos de tener en cuenta que el relato se enmarca en un momento en el que comienzan a notarse en el campo los drásticos cambios que en la órbita socio-económica y cultural originó la desamortización y las reformas liberales, transformaciones que eran mucho más evidentes en la urbe. De ahí la dicotomía bien visible que se observa entre el mundo rural y el urbano. Una existencia campesina que se resiste a hacer sucumbir las esencias de sus costumbres que en la festividad de las Nieves ineludiblemente se resquebrajarán hasta tal punto que bien pocos de los festejos narrados por el viajero subsisten en la actualidad. Un tránsito de las formas tradicionales a las nuevas en el que se puede apreciar el papel

del párroco, último vestigio de las generaciones de clérigos liberales, herederos del catolicismo ilustrado forjado en el Seminario Conciliar y que serán desplazados en las décadas venideras por un clero más afín a la revitalización del pensamiento contrarreformista.

En primer lugar nos describe la ruta del ómnibus que cubría el servicio con caballos entre Santa Cruz y La Laguna, ineludible para acceder por aquel entonces a Taganana. El concepto del almuerzo como la comida fuerte de primeras horas de la mañana está presente en todo el discurso. Emplea la palabra *estaca* que significa filete de carne o plato de carne en salsa, aunque en este caso esta acepción parece referirse a la primera.

El romanticismo de Taganana se expresa en un cuadro de Nicolás Alfaro que parece no haber sido hasta la fecha catalogado. Una belleza que expresa con clarividencia en el retrato de la taganamera, que describe con precisión a través de la joven criada, con su característica dicción y expresividad. Unas esencias de la vida campesina que están presididas por la hospitalidad, que considera cualidad predominante de los taganeros.

La descripción de la fiesta de la patrona es sin duda el documento de más valor de este testimonio. Refleja una vez más algo que hemos venido sosteniendo en otras obras<sup>1</sup>: los rasgos característicos que unificaban a las fiestas campesinas del Norte de Tenerife y particularmente de su vertiente NE y que tenían todas ellas como nexo de organización las libreas, las cofradías, el teatro popular de los entremeses, los bailes y los navíos. Fiestas que con la decadencia de los ejes tradicionales de la vida campesina y su reformulación en la Restauración variarán sustancialmente su espíritu en algunos pueblos, donde se extinguirán o se reconducirán con nuevas expresiones para mostrar su identidad diferenciada, como es el caso de Tejina.

---

<sup>1</sup> Véase: HERNANDEZ GONZALEZ, M. (1989): *La Religiosidad Popular en Tenerife durante el Siglo XVIII: Las creencias y las fiestas*. Tenerife; y HERNANDEZ GONZALEZ, M. (1995): "El Culto a los Remedios en Canarias en el Antiguo Régimen". *Actas del Congreso Nacional sobre la advocación de Nuestra Señora de los Remedios. Historia y Arte*. Córdoba, pp. 47-66.

La librea tagananera enlaza en un evento varias fiestas, el Corpus con el Rosario, la batalla naval con el desfile militar, el disfraz de un ritual de hombres que trata de esconder los roles convencionales en la catarsis igualadora de la fiesta, con el tambor y los disparos al aire primero y los fuegos artificiales después, como formas de ahuyentar el mal y garantizar la regeneración de las simientes, expresiones vitales de una comunidad campesina para hacer frente a la dura existencia cotidiana. Una escenificación ritualizadora de la realidad que se expresa en las milicias, en el tambor, en las loas, como invocaciones a la Virgen para proteger a la localidad de los malos augurios y de las catástrofes, y particularmente en la nave, que nos puede ayudar a comprender la integración de todos esos elementos. Maderos en forma de barco que son tirados por una carreta de bueyes que simbolizan unos navíos de tierra adentro que navegan sobre ruedas y que no son de vocación marinera, sino fruto de una obsesión del pasado en la lucha contra las constantes invasiones, ataques piráticos, plagas y epidemias que provienen del exterior. Una batalla naval en un pueblo de tierra adentro que siente bien de cerca la angustia del mar y lo que trae consigo.

La importancia de la víspera con el papel desempeñado por la librea a la luz de los hachones con el ruido de los tambores, el teatro popular, las parrandas con sus trovas, los fuegos artificiales, los bailes al son de los laúdes, las guitarras o los violines en los que reseña el cronista las isas y las folías, la procesión con las descargas de los milicianos, con los redobles de los tambores y las hermandades con sus hopas blancas y encarnadas. Un recorrido que escenifican los propios milicianos con sus salvas y que concluye con el ruido atronador de las cámaras, asemejadas a la eclosión de la artillería y en la que juega un papel propiciador la loa campesina en su intermedio. Una concepción de la existencia que lentamente se va erosionando por la acción de lo que se denomina progreso y que ya no existe en Santa Cruz, donde las hermandades han sucumbido a la desamortización de sus bienes y en la que las clásicas mantillas de franela han dado pie a los mantones de la revolución manufacturera inglesa. Un mundo en transformación que parece detenerse, si se quiera levemente, en el recóndito y cercano mundo rural de Taganana y que por un instante nos

recobra y hace latir este testimonio, cuyo texto hemos respetado en su ortografía decimonónica, particularmente en el empleo de la g por j.

## **VIAGE A TAGANANA. FIESTA DE LAS NIEVES.**

Amables y queridísimos lectores que, aunque no seáis ni lo uno ni lo otro, doy por supuesto que lo sois, con lo cual parécenos haceros un favor no os voy a relatar un viage sorprendente, lleno de peripecias y acontecimientos extraordinarios, ni mucho menos una fiesta de esas que hacen época, como decirse suele, no; sólo trato de describir con mis débiles fuerzas el viaje de esta capital a Taganana y la sencilla fiesta que en honor de N.S. de las Nieves, patrona de aquel pueblo, celebran sus amables habitantes. Hecha esta salvedad, dueños sois de leer o no estos desaliñados renglones, pues para nosotros nos da lo mismo.

Empiezo, pues, mi relación.

El día 4 del pasado agosto y provisto de los correspondientes billetes, mi compañero y yo nos presentamos en el parador de Omnibus antes de la siete de la mañana, hora marcada para la salida de uno de estos vehículos que llega hasta la próxima ciudad de San Cristóbal de La Laguna, con el fin de apoderarnos de el asiento que de derecho nos correspondía; por que suele suceder, y a nosotros así nos sucedió, que, cuando dan la voz de embarcar, se lo encuentra uno ocupado. A pesar de hallarse nuestros asientos ocupados, como ya dijimos, nos alegramos mucho de ello, pues lo ocupaba (hablo del mío) una lindísima joven que en unión de su marido hacía el mismo viaje, y nosotros a fuer de galantes españoles tenemos un verdadero placer en ceder siempre el puesto de preferencia al bello sexo. Estos nos proporcionó un buen rato a causa de que con su carácter franco y jovial y amena y delicada conversación pasamos sin sentirlas las dos mortales horas que hay de aquí a La Laguna, que a no haber sido por esto nos hubiéramos aburrido de lo lindo, pues los otros tres compañeros de viage no desplegaron sus labios en todo el camino.

Llegados a La Laguna encontramos los dos trotones que de Taganana nos habían venido a buscar, mas, como el calor era tan sofocante y abrasador, tomamos consejo y resolvimos no ponernos en marcha hasta que el sol pasase el meridiano y perdiera por consiguiente parte de su fiereza; y con el fin de reponer un poco nuestras decaídas fuerzas, fuimos a una especie de *fonda* a encargar un almuerzo para dos personas, previniéndonos la patrona que volviésemos dentro de un cuarto de hora. Mientras aquél se preparaba salimos a dar una vuelta en la que invertimos algo más de plazo que nos habían señalado, pues por nuestro reloj había transcurrido más de media hora. A pesar de esto nos fue forzoso esperar, mitigando un tanto nuestro mal humor, las excelentes estacas que se nos sirvieron. Una vez acondicionado el *ánima vitae*, ya que no podíamos continuar nuestro camino, nos empezamos a aburrir, cuando afortunadamente acertó a pasar un amigo nuestro, el cual nos llevó a su casa y nos obsequió con un refresco y allí pasamos el día hasta que llegó la hora de partida. Nos despedimos, pues, de él, y fuimos a montarnos al Tanque grande.

Si habéis pasado alguna vez, lectores amigos, el camino de las Mercedes, conoceréis con cuanto acierto y justicia decimos que nada más magnífico, más encantador, que aquella ruta, trazada en medio de una feracísima vega. En una casa a orillas del camino y cerca ya del monte hicimos un alto para descansar un rato y nos refrescamos con un vaso de agua y vino que sus dueños tuvieron la amabilidad de ofrecernos.

Repuestos un poco, emprendimos nuevamente nuestra marcha, a pesar del fuertísimo calor, reconcentrando nuestra atención para contemplar los magníficos puntos de vista que desde el centro de la alta y central cordillera de Tenerife, de la cual parten las estribaciones que forman los valles de un lado y a otro de la isla; se descubrían a nuestra derecha e izquierda. Tendríamos ya como cuatro horas de marcha y descendíamos las tan justamente celebradas *vuelatas*, cuando divisamos el pueblo de Taganana, sentado muellemente casi a orillas del mar sobre una extensa alfombra de verdura como una perezosa sultana.

El valle en que se asienta este pueblo es bastante original. Tiene la forma de una herradura y los montes que forman la parte cóncava, en donde se hallan las vueltas son muy elevados.

Llegamos por fin a la casa donde debíamos apearnos en la que se nos recibió con suma complacencia y agrado; que, según nos habían informado, es una de las cualidades preeminentes de los tagananenses.

Inmediatamente después de haber descansado, se nos sirvió una succulenta y abundante comida, a la que hicimos los debidos honores, pues además del apetito que produce el cansancio de un largo camino teníamos en nuestro favor el no haber comido bocado desde las nueve y media de la mañana, y eran las seis y media de la tarde.

Desde la casa en donde nos hallábamos descubrimos al otro lado del barranco la Iglesia, la que se hallaba asentada en una especie de explanada o plaza en cuyo frente se hallaba poblada de frondosos álamos de añoso tronco, terminando el fondo del cuadro las altas y originales montañas que forman el valle del lado del este. Este bonito paisaje lo habíamos visto copiado por nuestro ilustrado paisano Nicolás Alfaro. Formado sobre altos palos y como a los dos tercios de la plaza se hallaba un barco, cuyo destino explicaremos a su tiempo, provisto de velas y adornado con banderas.

Una vez repuestos fuimos a visitar la Iglesia, que, aunque modesta, es de tres naves, bastante espaciosa, si bien un poco baja de techo. El coro se hallaba colocado en el centro de la nave mayor como en algunas catedrales y el púlpito, aunque sencillo, es de caoba. Tiene la iglesia dos lámparas y seis candeleros de plata.

Ya casi entrada la noche se nos presentó en la casa de uno de los principales vecinos, alcalde que ha sido años atrás y nos sorprendió sobremanera el oír expresarse a una joven criada en el campo con tanta propiedad, soltura y corrección como casi la más instruida de nuestras grandes poblaciones. La casa estaba casi a oscuras; reinaba esa dudosa claridad del crepúsculo; y cuando trajeron luz que hirió de lleno el rostro de la joven, de que nos ocupamos, se apoderó de nosotros la admiración. Figuraos, amigos lectores, un rostro ovalado, adornado de unos grandes ojos negros, rasgados, saturados de ese no sé qué que nos hechiza cuando

lanzan sobre nosotros una de esas miradas de fuego que le son peculiares; una nariz un sí o es no es arqueada (sic) y proporcionada; y una boca pequeña en la cual retoza esa amable sonrisa que tanto nos enloquece, y tendréis un débil bosquejo de la imagen que aun conservamos en nuestra imaginación. Generalmente todas las Tagananenses son semejantes a la que os hemos descrito con muy pocas variantes.

De allí volvimos a la iglesia a oír los matines y nos colocamos en el coro, en el cual dormimos a pierna suelta, como decirse suele, sin saber si el sueño nos lo produjo la monotonía de los cánticos o el cansancio del viage que acabábamos de hacer.

Estando aun en la iglesia oímos redoblar con vigor un tambor, como si estuviesen tocando a generala y no acertábamos a darnos cuenta de cual sería la causa, porque exponíamos, conocida la proverbial tranquilidad de aquellos moradores, que serían cosas anexas a la fiesta.

Para cerciorarnos preguntamos a uno que se hallaba a nuestro lado.

– ¿Me hace V. favor de decirme que significa ese tambor que redobla?.

Y contestó:

– Es la *Librea* que va a comenzar.

¿Sabéis, queridos lectores, que es una *Librea*?

Supongo que no lo sabéis y por lo tanto voy a tratar de explicároslo.

La *Librea* que en algunos pueblos tiene lugar la víspera a la noche de la fiesta, es un conjunto de hombres armados de escopetas y hachones encendidos, los cuales tienen un jefe, que por lo regular suele vestir un uniforme de milicias y un tambor. Esta especie de tropa rompe su marcha en las inmediaciones de la Iglesia a tambor batiente y haciendo descargas se está casi toda la noche marchando por todo el pueblo engrosándose con todos los muchachos y los curiosos. Sólo viéndolo es como se puede formar cierta idea del aspecto fantástico que toma a cierta distancia esta especie de tropa a la luz de los hachones. Uno que por primera vez viese un espectáculo semejante, se creería ver una reunión de cafres celebrando con sus orgías infernales la victoria alcanzada sobre una tribu enemiga.

Serían las nueve de la noche se hizo en la plaza un entremés. Acto continuo se quemaron los fuegos artificiales que nos agradaron bastante por ser de los más bonitos que hemos visto, concluidos los cuales nos retiramos a descansar, oyendo en todo el tránsito los sentidos y melodiosos cantares de los trovadores que empezaban a lucir la entonación y extensión de su voz y destreza en pulsar el laúd.

Nos acostamos en las camas que se habían preparado en una especie de alcoba, las cuales estaban arregladas con limpieza y esmero, si bien un poco duras. Al momento descendió sobre nosotros el benéfico Morfeo, cubriéndonos con sus alas de beleño y nos dormimos como dos bienaventurados hasta el día siguiente bien temprano que nos levantamos con ánimo de recorrer algún poco aquellos campos. Ante todas cosas, y como buenos cristianos oímos misa; al salir nos dirigimos a una de las casas contiguas a la iglesia donde vive la encantadora joven de que os he hablado para admirar en pleno día su hermosura y apreciar los quilates de su amena conversación. Tal era el ansia que teníamos de verla. ¡Tan grande la sensación que en nosotros produjera!

Embebidos en una alegre conversación nos hallábamos cuando nos advirtió nuestro huésped que con nosotros se hallaba, que eran horas de almorzar, lo que nos hizo descender del intrincado laberinto de ilusiones que nuestra imaginación recorría, y acordarnos, que con desagrado, de que es necesario también el sustento del cuerpo. En obsequio del interés que se tomaba por nosotros le perdonamos este mal rato.

A cosa de las nueve empezó la función, habiéndonos agradao sobremanera el sermón pronunciado en honor de Nuestra Señora de las Nieves por el presbítero D. José Mora y Beruff, pues a la sencillez con que debe hablarse siempre a los campesinos reunía cierta elegancia de estilo que no siempre suelen encontrarse reunidas.

La concurrencia a la iglesia fue bastante numerosa, y allí pudimos admirar a las graciosas Tagananenses adornadas con la clásica mantilla de franela que va desapareciendo casi completamente entre nosotros, cediendo un lugar a los adustos mantones.

Concluido el sermón y con objeto de ver perfectamente la procesión fuimos a colocarnos en una ventana del segundo piso de una casa

situada en la plaza, la cual se nos franqueó con la mayor amabilidad. Instalados allí, pudimos observar que el barco que os hemos hablado se iba llenando de hombres armados de escopetas, entre los cuales se hallaba el indispensable tambor. Cuando las campanas con su metálica voz anunciaron que la procesión iba a salir, un fuerte y prolongado redoble anunció a los tripulantes de aquel aéreo bajel que cada cual debía de ocupar su puesto y prepararse a hacer las salvas correspondientes. Se nos figuró presenciar una de esas escenas desagradables, cuando dos buques enemigos que van a entrar en reñido combate tocan a *zafarrancho*.

Distraído me hallaba haciendo estas reflexiones cuando una descarga me anunció que la Virgen se hallaba en la calle.

La procesión seguía avanzando, el tambor redoblándose y los disparos menudeándose.

Rompían la marcha dos estandartes a la cabeza de dos largas filas de hermanos vestidos con sus hopas unas blancas y otras encarnadas. En el centro iba la Virgen cargada en hombros de cuatro de éstos, no de cuatro hombres cualesquiera, como aquí acontece. El clero en seguida, y detrás un numeroso pueblo.

Al llegar al extremo de la plaza y dar la vuelta la procesión, se descargaron las *cámaras*, que son una especie de pequeños *morteretes*, lo cual semejaba a una salva de artillería.

Frente del tranquilo bajel se paró la Virgen, y uno de aquellos campesinos pronunciaron con sentida entonación una loa, especie de invocación para que aquella mirara como siempre con ojos propicios aquel pueblo y derramara sobre sus moradores todas las delicias que pueden disfrutarse en este Valle de lágrimas.

Concluida ésta, la procesión continuó su marcha hasta llegar a la iglesia, menudeándose los disparos y arreciando cada vez más, a manera de una deshecha tempestad al atronador tambor.

Terminada ya la función, empezaron los bailes, viendo bailar con gracia y donaire la iza y las folías. Sin embargo, de que no había regios salones adornados con cuanto la opulencia y el refinamiento del gusto reunen de bello, ni brillantes luces, ni vaporosos vestidos, no por eso dejábamos de estaciarnos en su contemplación, porque nos servía de techo

la inmensa bóveda del cielo con su riente esplendidez y nos prestaba sus puros e inimitables encantos la pródiga naturaleza.

Por la tarde, nos dirigimos hacia la orilla del mar con el fin de ver aquella parte de la costa de Tenerife en que se ven al este los roques de Anaga y al oeste los altos picos de las montañas, que semejan las agujas de una gótica catedral.

Se nos olvidaba, y en justa reparación lo decimos, que al bajar para el mar pasamos por la casa del Alcalde a hacerle la correspondiente visita, el que nos obsequió con la amabilidad que allí encontramos en todos.

Concluida nuestra pequeña excursión volvimos a la plaza donde el baile se había hecho general, y permanecemos allí admirando la sencillez de aquellos moradores y el gozo infantil que rebozaba en sus semblantes.

Abstraídos en esta meditación no pudimos menos de contemplar aquel reposo inmutable, aquella vida verdaderamente patriarca de las familias, una feracísima naturaleza, tan feraz como melancólica y llena de encantos, aquel cielo que unas veces recortaban las caprichosas puntas de las elevadas montañas o las frondosas copas de árboles seculares; y volar en alas de nuestra imaginación a nuestras ciudades con su animoso ruido, sus placeres, sus encantos, su riqueza, su lujo, son acertar a explicarnos por qué en tan cortas distancias es tan distinta la vida, por qué en el campo todo es paz, tranquilidad y en la ciudad bulla, aturdimiento.

¿Cuál es la vida más feliz? nos preguntábamos.

La del campo.- Una vida tranquila, laboriosa, exenta de cuidados, de envidias, de enemistades, creemos que es preferible a esa vida forzada, por decirlo así, que se lleva en las poblaciones, donde siempre se está aburrido, hastiado; donde se piensa más que en inventar medios de distracción por qué a nuestra gastada sensibilidad nada conmueve ya, nada la cautiva.

Permanecíamos aun en nuestra meditación sin notar que los armoniosos sonidos del violín y guitarra habían dejado de oírse hacía rato; que la gente empezaba a retirarse por que era hora de ir a la novena; y que la noche se nos venía encima como sucede en todos los valles desde que el refulgente astro del día se oculta privándonos de sus vivificadores rayos, cuando nuestro amigo nos lo advirtió.

El se marchó a la iglesia y yo como tenía necesidad de distraerme un poco fui a la casa de que tanto os he hablado ya a disfrutar de un rato de tertulia.

Concluida la novena volvió a dar comienzo el baile con bastante animación, hasta después de las once de la noche, hora en que cada cual se retiró a reposar en los cariñosos brazos de Morfeo, y nosotros como unos de tantos, cada cual hicimos lo mismo.

Al día siguiente nos levantamos bien temprano con el fin de hacer nuestros preparativos de viage y la visita de despedida, por que a la una del día debíamos emprender nuestra marcha.

Réstame antes de terminar, hablaros del cura, hombre virtuoso que hace once años se halla sirviendo aquella parroquia enterrado, por decirlo así, en aquel valle, sufriendo con paciencia y santa resignación las molestias de un curato pobre, por que su renta es escasísima, y de tanta extensión territorial como aquel y en un país tan quebrado produce. Sólo la abnegación que debe adornar a los discípulos del crucificado, es la que puede prestar fuerzas para sufrir una vida semejante.

El día se pasó alegremente visitando todo el pueblo, hasta que fue la hora en que debíamos ponernos en camino.

En la puerta de la casa en que parábamos nos esperaban las cabalgaduras, montamos y antes de romper la marcha, desde lo más profundo de nuestro corazón enviamos nuestro sentido ¡a Dios! a Taganana; cuyo grato recuerdo se halla grabado en el corazón y su imagen en nuestra mente; pudiendo estar persuadidos los Tagananenses que siempre hablaremos con sentido entusiasmo de ellos y su pintoresco pueblo.

Caros lectores si estos mal pergeñados renglones no te han agradado no es nuestra la culpa; por que sin aspiraciones de ningún género, sin que creamos que nuestros pobres trabajos valgan algo, sólo hemos querido relatar lo que hemos visto, lo que hemos observado. Así pues sólo te pedimos que, hecho cargo de lo que dejamos expuesto, seas indulgente y tolerante y disimules las faltas que no puedes menos de encontrar.